

INDEFENSIÓN

*Pero de acuerdo, sin saberlo, en la desesperanza y
en la sensación de que cada uno está solo,
que siempre resulta asombrosa
cuando nos ponemos a pensar.*

J.C.O.

Hubo un zarandeo violento, el del oleaje, que se propagó por el tímido casco del ferry y luego se dejó sentir en cubierta, multiplicado por cien. Aquel movimiento fue el último, el definitivo para Prossa, que salió corriendo como buenamente pudo, alma que lleva el diablo, en busca de los baños para meter con vergüenza y asco la cabeza casi hasta dentro del retrete hediondo, y de esa manera no sentir en su cogote sudoroso las miradas de burla y compasión de los pocos pasajeros que a esas horas de la mañana compartían la breve travesía hacia la isla. Escondiéndose, quería proteger la poca dignidad que aún conservaba intacta.

El vómito acudió a su boca de golpe y descargó el contenido del estómago con la eficacia cruel, incontestable de un purgante. La náusea duró pocos segundos, y tras ella Prossa quedó completamente vacío. Aunque en realidad no había mucho de lo que pudiera vaciarse.

Doblado todavía en el suelo de ese cuarto de baño pestilente y roñoso, un rápido repaso mental a sus costumbres de aquellos seis días de pesadilla pasados en Ciudad Costera permitió a Prossa contabilizar sus comidas, una por una, frugales y diarias, baratas y únicas, que encargaba en el restaurante chino de debajo del hostel cercano al puerto donde había reservado por cierto tiempo una habitación. Un camarero, todo él sonrisa y educación fingidas, le subía cada día un juego de palillos de madera metidos en un alargado estuche de papel con el nombre del restaurante, "Jardín Real", en el anverso y las instrucciones de uso en el reverso; así como un plato de tallarines grasientos empaquetado

herméticamente en un bol de plástico, que Prossa engullía invariablemente sobre las cuatro de la tarde, hora a la que solía levantarse después de sus agotadoras incursiones nocturnas en el prostíbulo. Vestido sólo con el fino pantalón de un pijama desgastado de años, aún un poco adormilado por el desconcierto tibio del sueño, o más bien por las horas intempestivas en las que había ocurrido, Prossa pagaba al camarero, exageraba la propina para garantizar puntualidades futuras y luego daba buena cuenta de su única comida del día.